



LOS PUEBLOS INDIGENAS Y LA REVOLUCION GUATEMALTECA

por el Ejército Guerrillero de los Pobres

1 En principio, habría que partir de lo ya indiscutible: el "trabajo industrial" tiene una connotación específica: alude a los productores que fueron históricamente separados de la propiedad de los medios de producción y luego concentrados como fuerza libre de trabajo en unidades fabriles más o menos homogéneas y remunerados por el régimen de salario (en sus diversas formas). La *fábrica* se constituyó en el eje económico social de un nuevo sistema de división del trabajo, el capitalista, que colocó a los productores directos —con todo y sus distinciones internas de oficio, calificación, habilidad y especialización como la clase subalterna en todos los terrenos del cuadro social en formación.

2 Si el trabajo industrial es específico y se corresponde históricamente con el modelo capitalista de división

social del trabajo, no es el único ni mucho menos único. Es, en rigor, uno de los tantos eventos de producir en determinadas circunstancias, con ciertas técnicas y oficios; una de tantas formas de asociarse para fabricar objetos útiles en sociedades diferentes y con diversos bagajes históricos.

"Como en el caso de las transformaciones debidas a diversas formaciones geológicas, tampoco en el caso de

¡Ay! didxazá, didxazá,
ca ni bidiideche lii,
qui gannadica' pabia'
jiaaca' guanaxhica' lii.

¡Ay! didxazá, didxazá,
diidxa' rusibani naa,
naa nanna zanitilu,
dxi initi gubidxácá.

¡Ay! zapoteco, zapoteco / lengua que me das la vida / quienes te menosprecian ignoran / cuánto sus madres te amaron!

¡Ay! zapoteco, zapoteco / lengua que me das la vida / yo sé que morirás / ¡el día que muera el sol!

Canción Popular

los diversos sistemas económicos es preciso creer en períodos aparecidos de improviso y claramente separados uno del otro . . . las bases materiales de la forma posterior de producción —tanto las condiciones tecnológicas como la estructura económica de la empresa, correspondiente a las mismas— se crean en la forma inmediatamente anterior". (Marx, 1980: 17-118, ss.)

3 El trabajo humano y sus diversas y específicas divisiones sociales, es el evento de *creación social* fundamental en toda organización. Es también la posibilidad material de referencia de los individuos con las estructuras sociales en las que se encuentran inmersos; para los productores, el trabajo constituye la fuente tanto de su inserción objetiva en el variado, contradictorio y complementario entramado social, como de acceso al conocimiento colectivo acumulado por la humanidad. Por ello, el trabajo no es un mero dato de evolución tecnológica —y que por tanto está sujeto a cambios en su organización y en los sistemas de implementación productiva—; es, más bien, la específica y cambiante manera en que las sociedades se relacionan, poseen y apropian de la naturaleza para satisfacer las necesidades de existencia de sus miembros.

4 Visto en una perspectiva de largo alcance histórico, el trabajo industrial no borró de un plumazo la diversidad real del conocimiento productivo, ni generó su desarrollo tecnológico al margen del entorno social y cultural que lo alumbró. Fué producto del típico desenvolvimiento de las sociedades occidentales, "gracias precisamente al descubrimiento del período artesanal. . . Nada puede estar tan equivocado como mirar las corporaciones y los departamentos medievales, en que la división del trabajo en artesanos independientes es al mismo tiempo la base de la organización social y política, como algo 'no libre'. Esta fue la forma en que el trabajo se liberó de la propiedad agraria y, sin duda, este fue el período en que el trabajo alcanzó social y políticamente al nivel más alto". (Marx, *ibid.*, subr. mio). Y más todavía: la revolución ocurrida (1750-1830, por tan solo poner fechas) en las fuerzas productivas y en las relaciones de producción, (despunte sostenido de la producción basada en las máquinas y la división del trabajo artesanal-manufacturero) sólo podría hoy ser explicada gracias al sistema colonial y al mercado mundial que Europa constituyó violentamente en relación a las otras civilizaciones. (Hobsbawn, 1979; Vilar, et. al., 1981).

5 En particular, la forma capitalista del trabajo se ha distinguido por propiciar "la separación entre la ciencia, en cuanto ciencia aplicada a la producción, y el trabajo directo, mientras en las fases anteriores* de la producción la experiencia y el intercambio limitado de los conocimientos estaban ligados directamente [subr. mio] con el trabajo mismo. . . El brazo y la mente no estaban separados. . ." (Marx, op. cit.: 162) La separación históri-

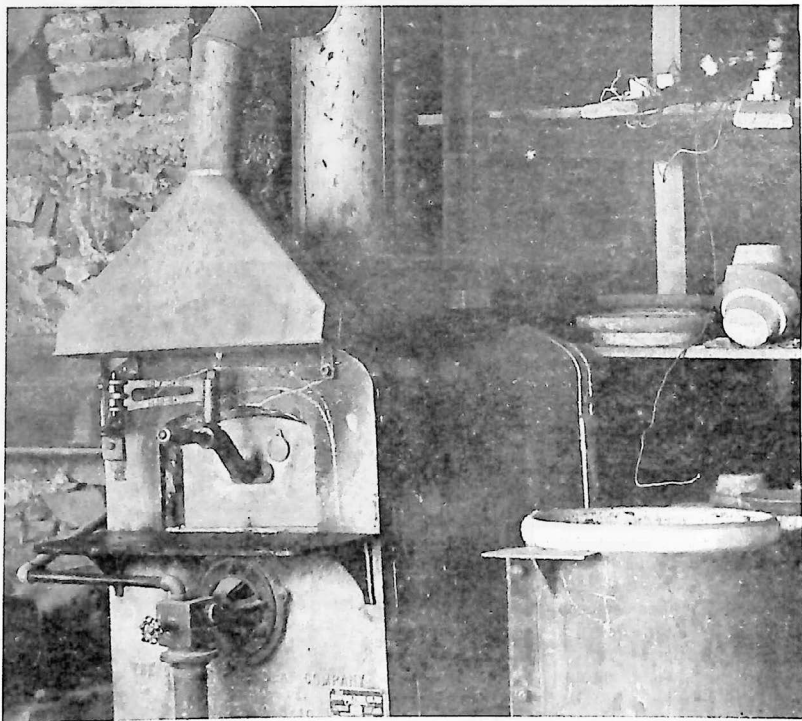
ca" alude a la especificidad de la clase obrera como expresión de la nueva división social trabajo-capital, pero no suprime sus componentes: brazo y mente; concepción y ejecución; intelecto y operación. Por el contrario, la alusión de Marx obedece a una necesaria distinción metodológica, y como tal no perseguiría borrar y mucho menos suprimir la unidad histórica de los componentes del mundo del trabajo social: "el proceso de producción inmediato de su existencia, y con esto, asimismo, el proceso de producción de sus relaciones sociales y las representaciones intelectuales que surgen de ellas". (Marx, citado en op. cit.: 23).

6 Si esta unidad es históricamente fiel y consistente —con excepción de la forma capitalista—, ¿en dónde reside la separación "momentánea" que ahora tratamos?. Precisamente, en un elemento que acontece

de hecho en las relaciones sociales y se introduce en su seno: brazo y mente son cortados de tajo por relaciones de poder, [¿extraeconómicas?] necesarias e inherentes al nuevo sistema en expansión, que le permiten —no importa en nombre de qué— aplicar la violencia para desencadenar fuerzas productivas embrionariamente ya generadas. Así, la ideología del capital no sería una "superestructura" forjada "posteriormente": operaría de inmediato legitimando el hecho de haber desposeído al productor de su capacidad histórica de decisión, y de expropiarlo del resultado de su propia creación y creatividad. La instauración del salario como término de intercambio social entre el productor colectivo y la estructura económica, coloca a éste en una situación cosificada, de mercancía; alienado, además, en la maraña tecnoproductiva que separa a las fuerzas espirituales del proceso de trabajo. (Marx,

ibid.: 163). El resultado no podría ser más dramático: se ha roto no sólo con el equilibrio —que no igualdad— al interior del campo de las relaciones sociales, sino también con el de éstas y la naturaleza.

7 Componentes y constantes del trabajo social en sistemas de producción diversos, brazo y mente constituyen temas de producción con la naturaleza: continua, recóndita e inesperada búsqueda de equilibrios inestables entre la historia hecha por los hombres y de las leyes naturales. Que la cronología del capitalismo, (esa "idea" de la historia) lo haga aparecer después de las llamadas fases anteriores, no debería hacernos concluir hoy que la existencia de una sociedad se justifica o no a la luz de lo que ha ocurrido posteriormente. Como se ha dicho en otro lado: "a fin de cuentas, tampoco nosotros estamos al final de la evolución social". (Thompson, 1977:13).



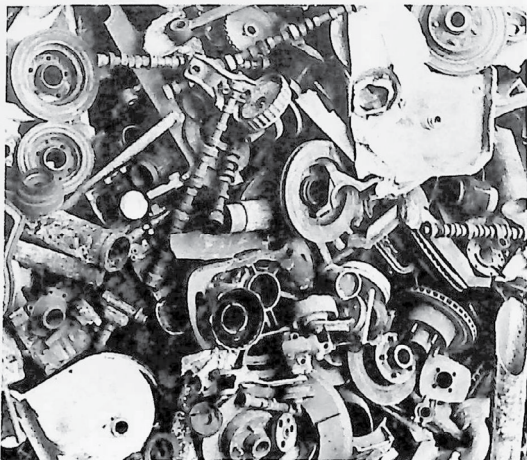
Y si citando al propio Marx, las bases materiales de toda forma posterior se crean en la forma inmediatamente anterior, cada sociedad puede establecer *su propio* equilibrio con la naturaleza que le circunda, representarlo intelectualmente, y objetivarlo en sus sistema de trabajo que a la luz de su propia experiencia histórica es válido, legítimo para su cultura y políticamente sostenible en tanto conserve la totalidad o autonomía de sus aspiraciones.

8 Que la unidad de los componentes constantes del trabajo social haya sido objetivamente separada por la división capitalista, tampoco debería permitirnos eliminar del mapa histórico vigente las diversidades tecno-productivas que la conservaron, no sólo no superadas, sino hoy actuantes y en procesos plenos de resistencia, readaptación, sobrevivencia e, incluso, recomposición abierta. Las culturas no industriales pueden ser ahora doblemente "víctimas" del proceso civilizatorio capitalista y de una sola "idea" de la historia: la que persigue, sin reconocer a quienes murieron durante siglos gracias a sus empresas y comercios, condenarlos en vida y perpetuarlos como víctimas.

9 Tampoco habría que olvidar el hecho, por cierto poco reconocido, de que el flagrante colonialismo de la sociedad industrial en expansión (que Marx llamaba "reacción en toda la línea"), significó, para el conjunto de las clases subalternas que soportaron el peso de este proceso, (Lenin, et al., 1976) —esa "realidad obrera que se compone de grupos, de organizaciones amistosas, de fraternidades... en momentos en que afluyen a París los campesinos... arruinados por los cambios producidos en el campo durante la revolución y el imperio"— (Du-

vignaud, 1977:47) también un "colonialismo interno" ejercido, *precisamente*, sobre la parte más activa de los productores sociales. (ibid.:48). Esto es, y aunque cierto abismo ideológico pretenda abonar un doble terreno de separación, "aquí y allá, fuera de Europa y en Europa, el salvaje y el proletario *sin saberlo* [subr. mío] reivindican una existencia distinta de la que pretende imponer una sociedad industrial imperialista y devastadora". (ibid.:49) Resistieron y resisten a la violencia hegemónica de las burguesías industriales.

10 Esta ' aparente' oposición entre salvaje y proletario podría ser radicalmente repensada: "en algunas de las causas perdidas de los hombres... podemos descubrir una profunda comprensión de males sociales que aún están por curar. Por lo demás, la mayor parte de nuestro mundo sufre todavía problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, problemas ambos análogos por muchos conceptos a los que padecieron nuestros antepasados durante la Revolución industrial. Causas perdidas en Inglaterra, quizá podrían ganarse en Asia o África". (Thompson, op. cit.:13).



11 En todos los modelos culturales, incluído el capitalista en su fase de Revolución Industrial, la conservación de la unidad entre brazo y mente significó, también, el establecimiento de un equilibrio entre otros dos componentes estratégicos del orden social: el trabajo y vida cotidiana. Por ello, la creación de riqueza podría ser tanto una formación cultural como económica, algo que acontece de hecho en las relaciones humanas. La teoría del valor, por así decirlo, no operaría exclusivamente por un "ciego" dinamismo de las fuerzas productivas y sin el concurso activo de los productores. La generación de valor no podría operar sin la *autovaloración* de los productores y sin las complejas mediaciones de tipo cultural y moral implicadas en las relaciones especiales, determinadas y de producción, a través de las cuales brazo y mente se organizan y —ni modo— organizan el mundo que les ha tocado vivir. La ley del valor encuentra su contrario en la autovaloración: el modo de producción material es accionado por vastas y silenciosas significaciones sociales imaginarias; es, al mismo tiempo, un *modo de producción social*. (Lowy, 1972, Touraine, 1979;

Thompson, 1978; Castoriadis, 1979).

12 El campo de las relaciones sociales es un escenario privilegiado de la combinación valor autovaloración del trabajo-productor colectivo; en él se generan incesantemente producciones alternativas de desarrollo social y un constante, sordo e informal campo de batallas cotidiana. Como la creación de valor, la invención social autovalorada de los productores es *también* expresión de la actividad intelectual y culturalmente colectiva. Puede constituirse así en *la respuesta* (en costumbres, tradiciones, justicia, moral, seguridad, economía familiar, etcétera); en la *reacción social* al acicate de esa antinomia economía-valores cuya mediación es, justamente, el entramado en donde se "dramatizan" las opciones de organización y desarrollo sociales; donde los hombres *recrean* ("con acuerdo a ese ser suyo") su propia existencia.

13 Las llamadas fases anteriores, no por mucho insistir en sus propios equilibrios y/o "rudimentos" tecnoproductivos deben ser vistas como superadas y condenadas inexorablemente a desaparecer. Si alguna consecuencia crítica queda frente al evolucionismo unilineal, el capitalismo no puede estar 'antes', ni 'después', ni 'cerca'; su historia no es precisamente la del "progreso social", y sí de la ignominia. Lo llamado 'tradición' no es reaccionario *per se*: de cara a su vigencia contemporánea requiere ser revalorado con urgencia.

14 La fractura del gozne significativo en la historia del trabajo no debería hacernos creer, tampoco, que la vida silenciosa de la sociedad haya succumbido sin dejar rastro. Desde el comienzo, los productores resistieron y continúan ha-

ciéndolo ante toda escisión de brazo y mente: aunque derrotados, los *luditas* del siglo XVIII destruyeron máquinas, sembraron terror en la burguesía de su época y murieron por un proyecto de desarrollo social (el basado en la ayuda mutua) claramente contrapuesto al de sus antagonistas de clase.

15 Es insoslayable una profunda crítica del etnocentrismo tecnológico: ¿cuál puede ser el modelo tecnoprodutivo al que aspirar, el capitalista que se intenta superar, o bien, el implementado realmente en las economías industriales centralmente planificadas? O, podríamos decir con una revista de respetable marxismo, "los países llamados socialistas aceptaron desde Lenin la implantación del taylorismo y no son ejemplo alguno para los trabajadores ..." (Baravalle, 1980:24). Una cosa es cier-

ta: el recuerdo capitalista del *porvenir* socialista en la historia del trabajo humano no es un simple juego de espejos. Encierra, dentro de una verdadera caja de Pandora, la profunda crisis de ideologías tales como la del progreso occidental, las ventajas comparativas y de toda patraña civilizatoria por el estilo.

16 Hoy como ayer, con todo y su violencia, el trabajo industrial no se ha constituido en la única vía tecnoprodutiva; ni a pesar de su hegemonía, en la inexorable imagen del desarrollo orgiástico, en el modelo de cultura deseado. A la luz de los movimientos sociales contemporáneos, el etnocentrismo capitalista de occidente —que ahora ni siquiera disfraza la tecnología nucleomilitar como su punta de lanza— ha hecho ingresar a la humanidad a

una de sus crisis más desenfrenadas y peligrosas.

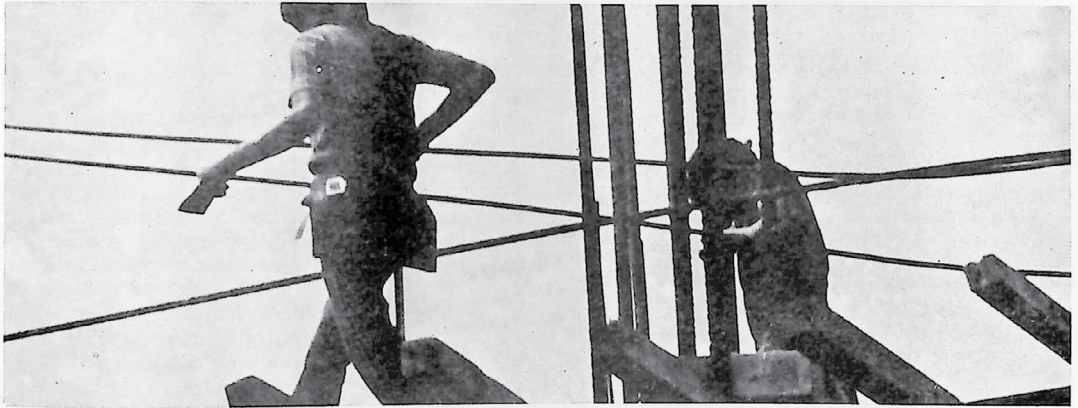
17 La mente es dominio del brazo y su articulación histórica no está perdida. Como en todos los lados y en todas las épocas, (Duvignaud, op. cit.: 49) las "condiciones del proceso de la vida social han entrado bajo los controles del intelecto colectivo y remodeladas conforme al mismo". (Marx, citado en op. cit.: 25). La mente es posibilidad de remodelación a partir de la conciencia: genera siempre, aunque no de la misma manera, la hermosa capacidad de subvertir o mantener las condiciones del proceso de la vida social.

18 Por su parte, la acción es el brazo de sentido común en toda sociedad, y la acción-ejecución es también instinto: es experiencia que se constituye a partir de hechos históricos.

19 Así, la historia del trabajo puede ser también una teoría del conflicto social y la protesta. Revela la rebeldía: no sólo en lo que toca a la resistencia (tanto de los que arañan las entrañas de las ballenas como de los que se niegan a ser devorados por ella), sino en la propuesta estratégica que se desprende: cómo reintegrar cabalmente la unidad brazo-mente en el tenso y dramático punto de no retorno que la sociedad actual atraviesa.

20 La historia del trabajo contiene muchas lecciones pero una esencial aunque se encuentra inédita: la lucha a contracorriente y de muchas formas de los productores por mantener y aún restaurar la gran conquista del trabajo humano. La rebeldía es tanto del brazo como de la mente.

Cuicuilco, marzo de 1982



"El sueño de la razón engendra monstruos: máquinas para construir máquinas. El telar automático propulsado con rueda hidráulica única y cadenas sin fin. *Perfección y economía*. Si algo significa el término 'otro mundo', significa algo que no nos explicamos".

H. M. Enzensberger.

* Marx adoptó, en las condiciones realmente existentes del pensamiento social de su época, el darwinismo y el evolucionismo como tendencias radicales y progresistas del campo científico; por lo mismo, y aunque corresponde a otro análisis, su "evolucionismo social" se emparenta con la concepción unilineal del desarrollo, así como con su terminología.

Referencias bibliográficas.

Baravalle, Graziella, El trabajador del futuro: ¿arquitecto o abeja?, *Monthly Review*. dic. 1980, vol. 4, núm. 3:23-27.
Castoriadis, Cornelius, *La experiencia del movimiento obrero*. Tusquets Ed., Barcelona. 1979. 2 vols.

Duvignaud, Jean, *El lenguaje perdido*. Siglo XXI Ed., México, 1977.
Enzensberger, Hanz Magnus, *Mausoleo. 37 baladas de la historia del progreso*. Anagrama, Barcelona, 1979.
Hobsbawn, E.J., *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Grijalbo, Barcelona, 1979.
Lenin, V.I., et. al., *La aristocracia obrera*. Anagrama, Barcelona, 1976.
Lowy, Michel, *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Siglo XXI Ed., México, 1972.
Marx, Karl, *Capital y tecnología. Manuscritos inéditos 1861-1863*. Ed. Terra Nova, México, 1980.
Touraine, Alain, *Las sociedades dependientes*. Siglo XXI Eds., México, 1979.
Thompson, Edward P., *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*. Ed. Laia, Barcelona, 1977. 3 vols.
"Historia social, historia marxista", *Monthly Review*. nov. 1978, vol. 2, núm. 4:45-60.
Thompson, William Irvin, "Más allá de lo civilizado y lo salvaje", *Ciencia y desarrollo*. mayo-junio 1981, núm. 38, año VII. México, CONACYT.
Vilar, Pierre, et. al., *La industrialización europea*. Grijalbo, Barcelona, 1981.